

1

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Recinto de Suscripciones: Barbad, 16

B A R C E L O N A

Las Cuatro Plumas

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los célebres artistas de la pantalla

**William Powell, Richard Arlen
Fay Wray y Clive Brook**

**EXCLUSIVA
DE LA INVICTA**



**P. GRACIA, 91
BARCELONA**

REPARTO

Capt. Trench
Harry Fewersham
Elline Englace
Lieut. Duarence

**WILLIAM POWELL
RICHARD ARLEN
FAY WRAY
CLIVE BROOK**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 pesetas

Serie A.

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
Maria Casajua	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2 pesetas

LOS CUATRO DIABLOS. Janet Gaynor.

LA MASCARA DE
HIERRO. Douglas Fairbanks.

No se venden postales sueltas

Pedílas a

Biblioteca Films-Apartado 707- Barcelona

Si no las encuentran en su localidad, pídaslas hoy mismo,
recibiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

PROLOGO

Cobardía

Entremos, mis lectores, en el palacio de Faversham. Junto a la chimenea, donde crepitan los leños de encina, el viejo general, con la historia de las guerras coloniales en las rodillas, muestra a su hijo, huérfano de madre, las láminas en las que se inmortaliza un hecho de armas, cuyo aniversario se cumple aquel día.

Fue — dice el viejo general — un día glorioso, hijo mío. Los ingleses se mostraron dignos hijos de la gran nación en que vieron la luz. Solamente un hombre, aquel día, fué cobarde, y su cobardía que empañó, en parte, la gloria de nuestra victoria.

—¿Cómo fué, papá? Cuéntame lo.

El general acercó aun más su sillón a la caricia de las llamas de la chimenea, dejó

sobre una silla el volumen que hojeaba y sentando a su pequeño hijo en las rodillas, comenzó el relato.

—Luchaban nuestros soldados, en medio de un terrible duelo de artillería. El horrisono tronar de los cañones escondidos entre una densa cortina de humo, arreciaba cada vez más. El general en jefe de nuestras fuerzas, con su estado mayor, entre el que me encontraba, presenciaba la batalla desde una colina, desde la que valiéndose de sus ayudantes enviaba las oportunas órdenes a las masas de combatientes que luchaban por el honor nacional.

El jefe de las merzas estaba constantemente en el campo de la lucha, con sus gemelos de campaña. Todos teníamos la vista fija en aquel hombre del que dependían nuestros destinos y marcaba las guías de su largo bigote, dando muestras de gran nerviosidad.

De repente se volvió a nosotros, exclamando:

—¡Han cortado la retirada a la infantería!

Y luego dijo dirigiéndose a un joven y apuesto oficial, ayudante de órdenes del viejo guerrero:

—¡Vaya a todo galope hasta aquella batería del altozano y diles orden de retirarse!

—¡Mi general! — contestó pálido aquel oficial que temblaba bajo el uniforme, como una mujer desvalida — ¡Aquella es una ba-

tería enemiga, y lo que me ordenáis equivale al suicidio!

—¡Está bien, joven! ¡A ver, uno que no tenga miedo! — tronó el general.

Todos dimos un paso ofreciéndonos a nuestro jefe. El eligió a uno de nosotros que salió a todo galope hacia la batería que pudo salvarse. Después de la victoria, sobre todos los que habíamos presenciado la escena, pesaba como plomo el silencio de nuestro general, y las miradas despectivas que dirigía a su ayudante, que empaló la alegría que todos teníamos por haber llevado a nuestra bandera gloriosa a ser oreada por los vientos de una tan rotunda victoria.

—¿Y qué fué de aquel hombre, papá?

—Le enviamos una pluma blanca, y de ese modo se evitó la humillación de ser condenado por un consejo de guerra... El desgraciado se suicidó...

El niño temblaba en las rodillas de su padre y bajo su caricia comprensiva.

—Tú, hijo mío, no comprendes un acto así porque eres un Faversham, y aquellos que llevan nuestra vieja sangre, han sabido morir con honor por la gloria de Inglaterra.

El niño habíase quedado silencioso. El reloj de la chimenea dió las diez de la noche.

—Ve a acostarte, hijo mío — dijo el general, besando la frente de su vástago único — y sueña con el día en que podrás ser útil a tu patria.

—Espera, papá, que no habrá otra guerra, porque me parece que me faltarían ánimos para afrontar los peligros que tú afrontaste. Y no es que tenga miedo de nada ni de nadie. ¡Tengo miedo tan sólo de ser cobarde!

—Aun eres un niño. Anda, hijo mío. Vete a descansar y sueña con lo que quieras. No ha llegado tu hora todavía.

Con una palanqueta encendida atravesó el pequeño la galería de retratos familiares para ir a encerrarse en su habitación.

Antiguos señores de férrea armadura, guante en la diestra, sobre la cruz la tizona. Héroe los unos, guerreros los más; de agudo mirar, altivo gesto y noble empaque. Y todos parecían mirarle temerosos de verle decaer, ser una excepción en la raza honorable y heroica de los Faversham.

—No. El no sería nunca cobarde. Pero ¿por qué aquel absurdo temor de un día serlo?

¡Pobre niño, obligado, nacido, mejor dicho, para ser héroe, por el absurdo peso de un imperativo racial!

Poco tardó en quedarse dormido. Su sueño estuvo toda la noche torturado por los viejos señores que en la galería de retratos le sabieron al paso. Y cada uno de ellos llevaba en la mano, para hacerle donación del símbolo, la pluma blanca señal de oprobio y de baldón para el que vive el honor mili-

tar de un momento bélico. Cada uno de sus antepasados iba dejando sobre su techo la fatídica pluma blanca. Y como eran tantos, una montaña de plumas cubría su cobardía y servía de mullido colchón a sus temores; pero se ahogaban, le ahogaban y se despertó. El sol decoraba con sus primeros rayos la alcoba. Y el niño respiró y entreabrió sus labios con una sonrisa fuerte, diciéndose mentalmente:

—Yo no seré jamás un cobarde.

No deje de leer las novelas de la juventud:

LOS TRES MOSQUETEROS

Creación del aclamado autor

SIMON GERARD

Precio: 50 céntimos

LA MASCARA DE HIERRO

Máxima interpretación de

DOUGLAS FAIRBANKS

Precio: 1 peseta

Pedidos a:

Biblioteca Films-Apartado 707 - Barcelona

Enviar el importe en billetes de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

PARTE PRIMERA

El hijo del general Feversham, aquel pequeño con el que hicimos conocimiento en el epílogo, es un apuesto oficial, a quien acaban de ascender y el cual va a unirse con la mujer amada, que al fin, ha señalado fecha para la boda, segura de que en brazos del joven oficial está escondida su felicidad.

Feversham tiene tres íntimos amigos a los que, aquella noche, ha reunido en su casa, para comunicarles la fausta noticia. Son estos: el teniente Durrance, el capitán French y el teniente Castleton, el último de los cuales, mirándole irónicamente, y lanzando sobre él una cómica bendición le dice:

—Ahí te va nuestra bendición, querido, y que todos tus hijos sean generales.

—No me mires así, Castleton. La boda se celebrará militarmente y tú actuarás de

maestro de ceremonias. French será mi padrino de bodas, y tú, Durrance, mi primer testigo.

—Llevemos nuestra copa, amigos — dice French — por la felicidad de este predestinado al sacrificio en los altares del amor y que su vida sea locada por el beso de todas las venturas.

Apenas apuradas las copas, un criado penetró en la estancia, portador de un telegrama que Feversham, leyó en silencio.

Decía así:

"Teniente Harry Feversham.

"The Albany. — Londres.

"Estoy informado secretamente guerra inminente con el Sudán. Tu regimiento destinado partir al frente, inmediatamente. Avisa a French.

"Willoughby."

Un mazazo en las sienes no le hubiera dejado tan abatido. En un instante pasaron por su mente su boda aplazada, el alejamiento de la mujer querida, tal vez la muerte en los desiertos africanos, el dolor amenazándole escondido en los peligros, fatigas y renunciaciones de una campaña colonial...

Se repuso pronto y se decidió más pronto aún.

—¿Alguna mala noticia? — le preguntó French.

—No. Asuntos de familia de escasa importancia.

Y arrojó al fuego el telegrama, sin advertir que las llamas no hacían presa en él, como era su intento. El destino, que juega de un modo absurdo con las cosas, le hizo caer lejos del fuego juguetón, que se contentó con lamerle los bordes, respetándole íntegramente su texto.

Sin embargo, French había notado la palidez del rostro de su amigo y el nerviosismo que se apoderó de él después de haberse enterado del contenido del maldito telegrama.

—Estás nervioso, muchacho. Algo malo te anunció ese telegrama — dijo el capitán a su íntimo amigo.

—No, estoy nervioso porque tengo algo que comunicaros, y no sé por dónde empezar. Es el caso...

—Acaba, hombre, de una vez.

—No, nada. Que estoy cansado del servicio, que me caso y pienso retirarme del ejército. Pensaba haberlo hecho después de la boda; pero como quiera que mi futura esposa está ya de acuerdo conmigo, he decidido hacerlo antes.

De piedra se quedaron los amigos de Henry al oír de sus labios que estaba dispuesto a dejar el ejército.

—Cualquiera diría — opuso French, impulsado por un negro presentimiento — que



Era una acción indigna de él

presentías algo, que habías recibido algún aviso misterioso que te hubiera obligado a cambiar tan absolutamente tu resolución anterior. Hace unos momentos nos decías que tu boda se había de celebrar militarmente.

A partir de aquel momento la conversación entre los cuatro amigos decayó, haciéndose menos íntima, hasta que uno de ellos, poniéndose en pie, dió por terminada la visita.

French no perdía de vista el telegrama, que, lejos de las llamas, parecía ofrecerle

la clave de aquel enigma que se escondía en la decisión repentina de Faversham.

Era una acción indigna de él, pero aprovechó el que los demás se despedían de Faversham y cogió el telegrama, guardándoselo en el bolsillo del pantalón.

Faversham bajó a despedirles hasta el *Hall*.

La despedida fué más fría que de ordinario. Parecía como si algo que pudiese más que su cariño al amigo, se hubiese interpuesto entre sus afectos.

Ya en la calle, el capitán French, a la luz de uno de los faroles del alumbrado público, leyó el telegrama y comprendió...

Con un gesto despectivo se le mostró a sus camaradas, diciéndoles apenas le hubieron leído con la natural sorpresa.

—¿Qué os parece? ¡Esconderte en las salidas de una mujer! ¡Habrás cobardado!... No podemos hacer más que una cosa...

Y se perdieron en la noche, comentando lo que había que hacer, con aquel compañero, cuya cobardía avergonzaba al regimiento.

* * *

Al día siguiente, y después de pasar una pésima noche, en la que ni un momento tan sólo logró conciliar el sueño, se presentó en las oficinas del Ministerio de la Guerra, dan-

dose de baja en la escala activa del ejército.

La noticia de las posibilidades de una guerra con el Sudán, eran conocidas por el elemento civil, y la realidad del rompimiento de hostilidades que la obligaba, sabido por todo el elemento militar.

Cuando aquella mañana llegó Faversham a casa de su prometida, hija también de un pordonero militar, lo primero que salió de labios de su amada Ethine, fué lo siguiente:

—Me han dicho que tu regimiento está destinado al África. ¿Estarás contento de tener oportunidad de ascender?

Faversham, que creía que su prometida aun no sabía nada, contestó palideciendo, avergonzado:

No iré al África, Ethine. Me he separado del ejército.

El silencio que siguió a esta confesión era pesado como una losa de plomo, pesado como la vergüenza, pesado como el crimen y el dolor. Un criado que penetró en la estancia con una carta para Harry, rompió la violencia en que se encontraban por vez primera aquellos seres.

—El teniente French — dijo el criado mostrándole la carta de que era portador — me encarga que le entregue a usted este presente ahora mismo y en presencia de la señorita Ethine.

Era la venganza de sus compañeros aquellos que se le había de mostrar al rasgar el

sobre en cuyo interior no había más que tres plumas blancas.

Al gesto de desesperación que, ante el presente, notó Ethine en el rostro de su enamorado, preguntó la pobre joven angustiada:

—¿Qué significan esas plumas, Harry?

Hizo éste un violento esfuerzo para contestar, y sinceramente exclamó, agobiado por la confesión que había de hacer a la mujer amada:

—Significan lo que las plumas blancas significaron siempre... ¡Cobardía!

Y se dejó caer en un diván con el rostro entre las manos.

Ethine, con un resto de esperanza en la mente y una infinita compasión en el alma, se acercó a él diciéndole:

—Pero tú no eres, no has sido nunca cobarde, Harry!

—Toda mi vida — contestó con la cabeza humillada Faversham — he tenido miedo de no poder cumplir lo que de mí se esperaba, los ideales heroicos a que se me destinó en la carrera de las armas, mucho antes de mi nacimiento. Desde la niñez no oí hablar más que de valor, hasta que me di cuenta con horror de que no lo poseía...

Y continuó, ante su pobre prometida dolida en lo más hondo de su pecho:

—Cuándo me enteré de que se había declarado la guerra, me sentí más cobarde que



—Significan lo que las plumas blancas significaron siempre... ¡cobardía!

nunca, tuve miedo de perderle, de alejarme de tu amor...

Una pluma blanca mostrábase en una es-cribanía que estaba al alcance de Ethine. Durante la anterior declaración de Harry, la joven, nerviosa y desesperadamente la partió en dos pedazos, y cuando su prometido hubo acabado de hablar, avergonzada de aquel amor, que él temía cobarde perder para siempre, le lanzó aquella pluma — una más que añadir a las tres de sus compañeros — y su desprecio en las siguientes palabras:

¿Y tú eres quien quería casarse conmigo... con la hija de un soldado?

Y le volvió la espalda, huyendo avergonzada de haber por un momento dejádose gu-ñar el corazón por aquel hombre.

Faversham, recogió aquellas cuatro plumas que estrujó entre sus manos crispadas y abandonó aquella casa, tambaleándose como un borracho.

Cuando llegó a su casa, encontró a su padre enfermo, en la cama. Habíasele agravado una antigua dolencia, que arrastraba a consecuencia de las heridas recibidas en los campos de guerra, defendiendo la amada enseña de su Patria.

Estrujaba en las manos un papel que había recibido del capitán French, antes amigo de su hijo, al que mostró la carta para que leyera, preguntándole airado:

—¿Es verdad esa vergüenza que se cuenta de ti?

Harry leyó la carta que le alargaba su padre. Decía así:

"General Faversham:

"Con respecto a vuestra pregunta, siento tener que manifestaros que tengo pruebas concretas de la cobardía de vuestro hijo; pero he querido evitaros el dolor del escándalo y la humillación de un consejo de guerra.

"Apoyado por el capitán Duance y el teniente Castleton y obrando de acuerdo con mi recomendación, vuestro hijo ha sido eliminado de las listas del ejército.

"Vuestro atento servidor,

"R. G. Trench."

Cuando hubo acabado de leer aquella carta y sin poder resistir la mirada inquisidora de su anciano padre, humilló la testa, advirtiendo el hecho de que se le acusaba.

El general Faversham no pudo resistir aquel dolor, levantó la mano como para abofetear aquel hijo suyo que de tal modo ofendía sus canas, y la elevó al cielo clamando:

¡Oh Dios mío! ¿Por qué me has permitido que viera a un Faversham deshonorar el uniforme de Inglaterra?...

Daba lástima aquel pobre anciano, para el que el nombre de su patria había sido un

culto, el ver a su único hijo deshonrarse para siempre ante el desprecio de sus compañeros.

—Si eres un cobarde — continuó —, por lo menos yo he hecho lo posible por hacer de ti un caballero y un soldado... ¡Allí encontrarás mi legado! ¡Cumple con tu deber!

Y señaló a su hijo con un último gesto de agudo dolor, el cajón de la mesilla, en cuyo fondo brillaba de un modo obscuro y amenazante el payón de su revólver de reglamento.

Quiso decir algo más, e intentó levantar su pálida testa de la almohada en que yacía; pero al intentar anatematizar el acto deshonroso de su hijo, cayó otra vez sobre ella para no levantarse más.

Harry Faversham, cayó de rodillas, regando con sus lágrimas el rostro frío de aquel hombre que moría desesperado por su cobardía.

Poco después se levantó sereno. Parecía que el peso de diez años de infinito dolor, hubiesen puesto en su rostro la huella cruel de su martirio.

Su mano crispada se elevó hacia el cielo, como amenazando a alguien, mientras con ronca voz clamaba en su dolorosa desesperación.

—¡French, Durrance, Castleton! ¡Habéis matado a mi padre y habéis arruinado mi vida; pero yo haré que os hagáis cargo de las plumas blancas que me habéis entregado!...

A partir de aquel momento nadie volvió a saber de Faversham.

Se comentó en los círculos que frecuentaba su partida misteriosa y corrió entre sus compañeros la noticia de su deshonra, que fue comentada con apasionamiento durante unos días y luego, dada al olvido.

Sólo un ser vivía constantemente con su vida unida a su recuerdo: Ethine, que, tanto en sus momentos de soledad como en las fiestas a que se veía obligada a asistir, tenía siempre para aquel perdido amor, su más dulce recuerdo; un recuerdo que a veces la llegaba a avergonzar con su persistencia; pero al que era vano oponerse, pues la asaltaba a toda hora y en todo momento, gozándose en martirizarla, demostrándole que, a pesar de todo, le quería y era para ella más que todos los hombres que, al saberla libre, como si en el fondo de su corazón hubiera una esperanza encendida, obligándola a guardar cerrado el tabernáculo en el que, hasta entonces, sólo el desterrado había logrado penetrar.

Y, mientras tanto, Harry Faversham, solo, abandonado a su desesperación, y con una ruta de dolor a seguir, un día gris, obscuro y lluvioso, abandonó las costas de su patria, prosa a una vida nueva que sirviese de crisol en que lavar su nombre. Y con nombre supuesto y sin esperanzas de lograr

su anhelo marchaba a ofrecer su renuncia-
ción a la muerte, seguro de que en sus bra-
zos hallaría tal vez la dicha que le negaba
aquella vida que le pesaba como una mon-
taña de plomo, y de la cual sólo quería ser-
virse para ver de conseguir la reivindica-
ción, el perdón, en lo alto, de aquel, su pobre
viejo amado que murió en la desesperación,
por su cobardía, y... ¿por qué no, si era
su alma? el de la dulce Ethine, cuyos ojos
serenos le perseguían en sus noches de in-
somnia, en sus amaneceres y en todas las
horas de aquella su desgracia que le empu-
jaba a la aventura, a lo desconocido, a ser
una víctima más de la fatalidad.

SOBRE ROSA (sólo para solteras).	20	cts.
SOBRE GALANTE (id. para hombs.).	20	"
SOBRE INFANTIL.	15	"
SOBRE PEPITO.	25	"
SOBRE JUANITO.	15	"
SOBRE REYES.	20	"
SOBRE REYES.	10	"
LA NOVELA DEL VIAJERO.	20	"

PÍDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.

AFRICA

Han pasado unos meses desde la última es-
cena que relatamos a nuestros lectores. La
guerra santa tñe de sangre los campos del
Sudán. Inglaterra lucha bravamente con las
tribus hostiles.

Vamos a trasladarnos a Suakin, una mise-
rable aldea sudanesa, repentinamente famu-
sa por haberse establecido en ella el cuartel
general del ejército británico.

En uno de sus más escondidos harrios y
el más humilde y miserable cafetín, volvemos
a encontrar a Harry Fevershan. El elegante
oficial del ejército inglés ha sido, por la tra-
gedia que despedazó su vida, cambiado total-
mente.

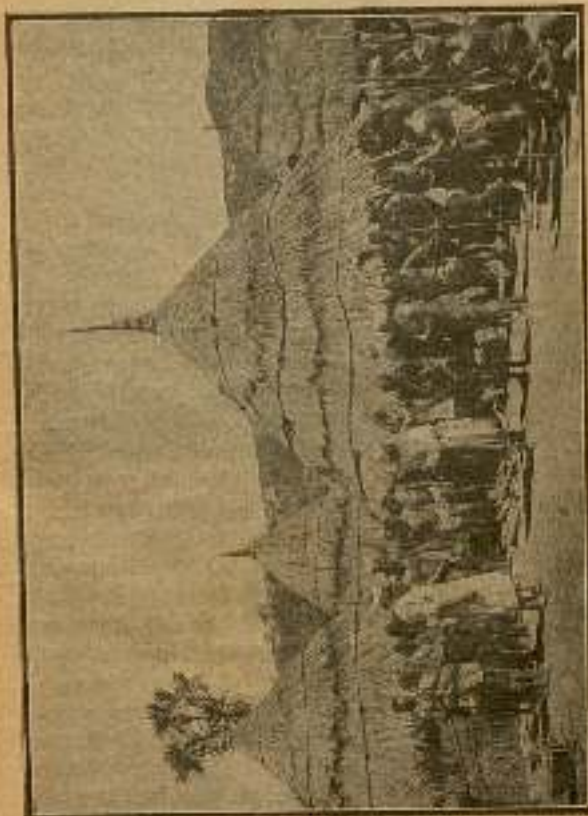
Pelambreira descuidada, le cae sobre la

frente partida en dos por el surco frágico de un eterno y doloroso pensamiento. Descuidada harba le mancha la piel del rostro, antes cuidada como la de una damisela. Una camisa en jirones, le cubre el pecho fuerte, dejando al descubierto sus brazos musculosos. Un pantalón destrozado y harapiento y unas zapatillas absurdas y deshilachadas, completan su atavío.

Arrastrado de una manera irresistible a la escena de la guerra, vigilando siempre los movimientos de la tropa, pero sin ponerse en contacto con los oficiales, vive Feversham vencido y agobiado por el recuerdo de los días pasados. Sólo una idea clara se ilumina en su frente: su rehabilitación.

Esta idea le tortura durante el día, despierto, durante la noche, dormido. Y por eso le encontramos apoyado el codo sobre una mesa mugrienta y la frente sobre la mano que se crispa a veces, jugando con su cabellera descuidada.

Fuera, en la calle, un pobre muchachito indígena, dueño de un mono hábil y simpático, entretiene a un corro de gente, haciendo dar volteretas y obligando a su compañero, el inteligente simio, a mostrar sus habilidades ante los espectadores de aquella graciosa escena que pagan luego con unas pobres monedas de cobre, las suficientes para que el pequeño Ali — que así se llama el trotamundos — y su compañero de fatigas atiendan



El mercado de esclavos en las riberas del Níger

a sus necesidades, que por ser tan pocas, con tan pocas monedas se pueden remediar.

El dueño del café, una mala bestia, brutal y ambicioso, al ver a la débil criatura recoger aquellas monedas que logró de la caridad de los del corro, se lanzó sobre él arrebatándole lo recaudado, mientras amenazante le decía:

—¡En mi café no quiero mendigos, ladronzuelo, hijo de padre ladrón! ¡Dame ese dinero!

Resistíase el muchacho a entregar lo que de buena ley le pertenecía y amenazaba el brabucón arrancárselo al mismo tiempo con la piel, cuando hizo intervención en el grupo Feversham que sujetando en el aire el brazo amenazante del dueño del cafetuchito, obligó-le a que dejara en paz al muchacho y a que le devolviera aquel dinero que era suyo.

Con zalemas ruines que denotaban su cobardía y el miedo que le daban los puños de aquel *efendi* misterioso, que vivía en los cafés y dormía en los umbrales de las puertas mientras sus compañeros combatían, abandonó lo que creyera fácil presa, con mil genuflexiones y palabras con las que inútilmente pretendía cubrir la rabia que le dominaba, ante la humillación de que era objeto, por aquel maldito inglés, al que había que tener una consideración, pues pagaba largo y en buena moneda.

Volvió Feversham a su misma posición de



En el fuerte Kher parecía imposible persistir en la defensa

antes, sin darse cuenta de que tras él, su pequeño protegido que besándole la mano que le librara del bárbaro dueño del café le dijo:

—Allí quiere ser amigo de *efendi*... Allí quiere ser su servidor...

Contempló Harry, sonriente al muchacho y acarició su monda cabecita inteligente, en tanto el mono, como si quisiera agradecerle también su acción, realizaba ante él todo el repertorio de sus monerías.

—Está bien All. Necesito un ayudante inteligente. Desde hoy serás mi compañero.

La sonrisa de Ali se abrió más blanca, más luminosa, y mientras las miradas cariñosas del hombre y el niño firmaban aquel tácito contrato, el mono, lleno de alegría, ejecutaba voltereta tras voltereta y saltaba del hombro del pequeño indígena al del caritativo y buen *efendi*, que sería en lo sucesivo su protector.

Kipling, al comentar las primeras figuras que dirigían a los rebeldes indígenas del Sudán y referirse a Fuzzy-Wuzzy, decía de él que era bravo hasta la temeridad y que en cuanto a maldad allá se andaba con cualquiera de los más perversos hijos de Satanás.

Se había unido con sus fuerzas bien montadas en rápidos camellos y no mal equipadas de elementos primitivos de guerra y había sitiado el fuerte de Khar, última avanzada, en el ardiente Sudán, que tenía la audaz nación inglesa, mandada por dos pundonorosos y valientes oficiales de Inglaterra, antiguos conocidos de nuestros lectores. Eran éstos el capitán French y el teniente Durrance, quienes al verse sitiados y acometidos por tan numerosos y fanáticos enemigos, estaban dispuestos a dar sus vidas antes de que la bandera inglesa dejase de flamear en lo alto del fuerte batido por la furia del caudillo sudanés que arengaba a sus soldados llevan-

do a su espíritu el convencimiento de que debían de considerarse invencibles, pues su espada estaba protegida por Alá y mientras él viviese nada podrían contra su ejército los disciplinados soldados ingleses.

Los bravos oficiales, defensores del fuerte, después de haber demostrado su valor, venciendo una vez más a los asaltantes, conversaban sobre lo obscuro que para ellos se presentaba el porvenir, si el cuartel general no enviaba refuerzos en seguida.

Nos han cortado las comunicaciones y corremos peligro de quedar aislados en el foco de rebelión de las tribus hostiles. Probablemente, dentro de breves días nos quedaremos sin agua, y los soldados indígenas es muy posible que nos jueguen una mala pasada.

Esto decía el teniente Durrance al capitán French, que avanzándose al mentón con una mano, paseaba a grandes zancadas la estancia en que ambos oficiales se hallaban conversando.

—Está decidido — dijo French, después de unos momentos de silencio y parándose frente a su subordinado y amigo —. Hay que ir a Juakin en busca de refuerzos, y el que irá será yo.

—¡Capitán! ¡Yo iré!

—Usted se queda en la posición y la defendiendo, mientras quede una gota de sangre en

sus venas. Haré lo imposible por volver cuanto antes.

—Está bien, capitán. Si cuando vuelva encuentra el fuerte en poder de los rebeldes, yo habré muerto.

Momentos después, los dos valientes jóvenes se abrazaban a la puerta del fuerte, ante toda la guarnición.

—¡French!

—¡Durrance!

Ambos iban a jugarse la vida cara a cara.

La puerta del fuerte se entreabrió para dejar paso al capitán French, que después de saludar a la bandera de su nación, que orgullosa ondeaba en lo alto de la torre del homenaje, se lanzó a la noche del desierto, que se le tragó en su oscuridad, mientras allá en lo alto del fuerte sitiado los centinelas ponían en la noche el temblor doliente de sus "alertas".

El capitán French andaba ^{de} zapeado, tratando de orientarse en la noche. Ante él las hogueras del campamento rebelde carraban el paso hacia la salvación. Había que atravesar el vivac, cuidando de no llamar la atención de los centinelas. Pero la mala fortuna le perseguía, y no hacía una hora que saliera del fuerte, cuando se sintió preso y sujeto por la espalda por unos brazos hercúleos.

Un golpe, con el cual sus enemigos le redujeron a la nada de un desvanecimiento, le hizo caer pesadamente a los pies de los cen-

tinelas, que desde que saliera de la prisión le acechaban.

Vieron que se trataba de un jefe, y en lugar de rematarle, como hubiera sido su deseo, le llevaron ante su jefe, al que presentaron al prisionero, diciéndole:

—Este *efendi* es un jefe, y no le hemos querido matar por creer que sacaremos más partido de él vivo que muerto.

Una sonrisa espantosa dibujó una horrible mueca en el rostro del caudillo, que ordenó que inmediatamente se condujera a French, a la prisión de esclavos de Omdurmán.

Pocos eran los que salían vivos de aquellas terribles mazmorras. ¿Tendría el capitán French, fuerzas para soportar los martirios que le esperaban?



Dejamos a Harry Feversham acompañado del pequeño Ali y de su simpático mono.

Han pasado varios días y el *efendi* ha podido ver que en aquel niño tiene un auxiliar excelente para sus espionajes y además tiene pruebas ciertas de su agradecimiento y ha llegado a poner en él y en su pequeño compa-

ñero un afecto que tanto el uno como el otro pagan en la misma moneda.

Les volvemos a encontrar en uno de los viejos cafés del barrio antiguo de Suaquin. Se dedican a reparar sus fuerzas ante una hazofia, preparada por uno de los cocineros del país, que a cualquiera europeo causaría náuseas, tanto por su aspecto como por su sabor; pero tienen buen apetito y pronto dan fin de su frugal comida.

En el departamento contiguo, unos soldados ingleses comentan las incidencias de la guerra y juegan y barajan con nombres, uno de los cuales llega preciso a los oídos de Feversham.

—¿Cuál fué el resultado del ataque?

—Creo que lograron varias veces rechazar al enemigo; pero los sudaneses capturaron a uno de nuestros oficiales, el capitán Trench.

Feversham mandó callar al pequeño Ali y acercó su oído a la puerta para escuchar mejor la conversación que los soldados continuaron:

—Los espías indígenas afirman que el prisionero fué llevado a la prisión de esclavos de Omchimian.

—¿Y no hay medio de salvarlo?

—Muy difícil... Omdurmán está situado en el corazón del territorio enemigo, y no disponemos de suficientes fuerzas para atacarlo.

Callaron los soldados y volvieron a emprenderla luego con asuntos de ningún inte-



... El también un día vistió aquel honroso uniforme

res para Feversham, que se retiró de su punto de escucha, y acercando a sí al pequeño Ali, le dijo en voz muy baja:

—¡Hemos de ir a Omdurmán!... ¿Sabes dónde se encuentra?

—Omdurmán es país malo, *efendi* —repuso el niño aterrado. Tribus matar hombre blanco.

—Tengo que ir a Omdurmán, Ali. Se encuentra en dicho lugar un hombre a quien busco para entregarle una pluma blanca. Si tú no quieres venir, iré yo solo.

—No se enfade, *efendi*. El pobre Ali, irá siempre con el *efendi* bueno, de quien es su servidor.

—Gracias, pequeño. Hay que hacer algunos preparativos y hemos de salir hoy mismo en esa dirección. ¡Vamos!

Pocos momentos después, y cuando el sol comenzaba a derramar los carmines de su ocaso por Occidente, Feversham, llevando del ronzal un pequeño burro, sobre el que cabalgaban Ali y su mono, se lanzó al desierto, con una idea fija en la frente.

Aunque le costase la vida había de salvar la de Trench.

Su padre, el viejo general, desde lo alto, si caía, pondría sobre su cadáver un beso que le haría digno de llamarse Feversham.

Biblioteca Iris

Núm. 1 — CORAZONES ORGULLOSOS

2 — ASTUCIAS DE AMOR

96 PAGINAS
Precio UNA pta. DE TEXTO SELECTO

PEDIDOS A

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

TRES PLUMAS

Después de varios días de caminar, y al caer de una tarde calurosa, llegaron a la vista del "Pozo Negro" de Omdurmán, donde los prisioneros de guerra, blancos o negros pagaban cara su lealtad al Imperio Británico.

Aguardaron nuestros aventureros a que se hiciera la noche sobre el fuerte, y cuando juzgaron que sus guardianes estarían en brazos del sueño o de la embriaguez, pues era su fevor por la bebida tanta, que no tenían miedo alguno al castigo de Alá y bebían un fuerte aguardiente de palma, capaz de tumbar al mejor bebedor europeo, salieron de su escondrijo y, después de dar una vuelta completa al fortín para buscar la manera más fácil de escalarlo, volvieron a situarse frente al portón principal, convencidos de que era

el que más fácilmente se prestaba al escalamiento.

Primeramente trató Feversham de ascender por el muro, valiéndose de las endiduras que el muro presentaba a su deseo, pero eran pocas y hubo de verse obligado a abandonar aquel inútil procedimiento.

Desesperaba ya de encontrar un medio que le permitiese la entrada en el recinto, cuando vió cómo el pequeño Ali buscaba en las afueras un ovillo de bramante y una resistente cuerda, mostrándoselos a su querido *efendi* con una sonrisa.

Fué cosa de un momento. A Feversham no se le hubiese ocurrido nunca. Uno de los cabos del bramante fué atado por el pequeño al cuerpo de su mono, al que hizo trepar por el muro, sobre el cual pronto el inteligente animalito se encontró a horcajadas. Desde abajo el pequeño Ali hacía señas al mono para que descendiese al interior del recinto, y cuando supuso que estaría ya al otro lado del portón, le llamó por debajo de la puerta por la que salió el mono y tras él la cuerda que le había seguido en su ruta. Lo demás fué cosa de poco: al cabo opuesto de la cuerda se ató la maroma, y luego allá se fué la maroma siguiendo la ruta del mono, hasta que apareció por debajo del portón. La cuerda así, daba vuelta a la puerta por ambas partes. Un obstáculo para que al paso de Harry no volviese la cuerda a su lugar, y mi-



— ¡Id a inspeccionar los centinelas y todo el mundo en su lugar! ¡Vivola!

nutos después nuestro amigo en el interior del recinto después de haber trepado por la cuerda hasta lo alto del muro, descendiendo por ella misma al interior.

Lleno de ansiedad, quedó fuera el pequeño Ali, que se volvió a esconder con la vista fija en el lugar por donde había escalado el muro su amigo y señor, y por donde se figuraba que había de volverle a ver salir.

Pero pasaron las horas de la noche y Feversham no daba señales de vida. Al amanecer

cer abrieron las puertas de la prisión, asomáronse a ella sus feroces guardianes, y nada notó el pobre niño que hiciese comprender lo que había pasado en el fuerte.

Ya se decidía a salir de su escuadrillo para ver acercarse a los guardianes e intentar algo en favor de su señor, cuando vió como hacia el fuerte se dirigía un crecido número de sudaneses al trote ligero de sus camellos de carreras.

Los que se acercaban pronto estuvieron a las puertas de la prisión, donde ya les esperaba el que debía ser jefe de aquella mazmorra.

Cambiáronse los saludos de rigor entre este hombre y el que llegaba, que era un riquísimo y feroz mercader de esclavos, y ambos hombres entraron en el interior de la prisión, a cuyo patio fueron mandados conducir los prisioneros todos que gemían en su interior, adivinando su triste destino.

Y cuál no sería la sorpresa del pequeño Ali, al ver salir sosteniendo en sus brazos a otro compañero blanco, a su amo y señor, el *efendi* cariñoso y bueno, al que había jurado no abandonar.

Todos los prisioneros fueron atados en reata, de dos en dos, y a poco, el mercader de esclavos ordenó a sus hombres que cabalgasen para marchar hacia las riberas del Nilo.

Disponíase éste a cabalgar también, cuan-

do se dió cuenta de que cerca de él un mono saltaba y brincaba, haciéndole mil monerías y bailando al compás de una cadente musiquilla que entonaba Ali, sonriéndole y haciéndole genuflexos saludos.

Sonrió el mercader al contemplar la escena y arrojó unas monedas a los pies de Ali, que éste devolvió presuroso, diciéndole:

— Buen señor, no quiero tus monedas. Ando hace días hambriento y perdido por el desierto y no sé salir de él. ¿Por qué no me lleva consigo?

Hízole gracia la petición, y como no tenía tiempo que perder y pensó que el chiquillo y el mono animarían sus jornadas, ordenó a uno de sus hombres que montase a la grupa al pequeño y a su mono, que siguieron así a su protector, dispuesto Ali a aprovechar cualquier contingencia para salvar a su *efendi*.

Así como el agradecido Ali no comprendía el cómo su señor cayera en cautiverio, estamos seguros que tampoco nuestros lectores habrán comprendido el porqué, y vamos a referírselo brevemente.

Cuando Feversham se encontró en el patio de la prisión, en la que suponía, no sin ra-

zón, encerrado al capitán Trench, se orientó hacia donde le pareció oír gemidos y voces de dolor.

Los guardianes, seguros de que nadie se atrevería a alterar la paz que disfrutaban en la fortaleza, dormían borrachos, con sus alfaques al alcance de la mano, para evitar en lo posible una sorpresa al parecer imposible.

Harry se deslizó en silencio hacia la única puerta de la fortaleza que daba al patio y descorrió su fuerte cerrojo lenta y silenciosamente.

Mucho tiempo tardó en abrir la pesada puerta, sin que al ruido se despertaran los guardianes, pero sus esfuerzos se vieron premiados y penetró en el interior de la mazmorra, dejando tras de sí la puerta entornada.

Al principio, Feversham se encontró sumido en una densa obscuridad; pero poco a poco fué acostumbrándose a ella, y minutos después, la luna, que rasgó el cendal de unas nubes que la aprisionaban, penetró en la estancia por un pequeño ventanuco, llevando algo de su pálida luz al interior de la estancia en la que todas las pestilencias parecían haberse almacenado.

El cuadro que se presentó a los ojos de nuestro héroe no es para describirlo.

En confuso hacinamiento yacían sobre el duro suelo de la prisión un centenar de cuerpos desnudos, medio asfixiados por el ambiente, agobiados por el martirio a que con-



Por insólito valor en defensa de una fortificación contra el enemigo exterior y la rebelión interior.

tinuamente estaban sujetos y esperando ver llegar hasta ellos la hora de la muerte, como la única salvación en medio de aquel infierno.

¿Cómo encontrar a su compatriota en el absurdo montón formado por cuerpos entrelazados, algunos de los cuales apenas si podían tener en libertad la cara para respirar?

Sin embargo, habla de obrar y obrar rápidamente.

Uno a uno fué examinando a los prisioneros, todos ellos de raza africana.

Le costó mucho llegar por fin a uno de los últimos rincones, donde un cuerpo más blanco que los demás, llamó su atención, cuando ya había perdido la esperanza de encontrar a Trench.

Era él, en efecto; pero ¿en qué estado?

Enfermo, febril, sediento, medio muerto casi.

—¡Trench! ¡Trench! — clamó a su oído, desesperado al verle en aquella tan triste situación.

Abrió Trench sus ojos empañados por la fiebre, y volvieron a cerrarse.

—¡Agua! ¡Agua! — pidió con voz débil y doliente.

Puso Harry la castañolara que a prevención llevaba a la cintura, y los labios ansiosos de Trench se acercaron a ella hasta aguarla.

Su sorpresa no tenía límites al contemplar el rostro amigo de Feversham, al que pregun-

to, casi creyendo que su presencia era una ilusión de sus sentidos:

—¡Feversham!... ¿Cómo fué que te hicieron prisionero?

—No me han hecho prisionero — contestó éste —. Estoy aquí por mi gusto y para exigirle cuentas...

Una carcajada de Trench le interrumpió, pero una carcajada horrible, como la que se escapa tras de la última esperanza.

—Tú estás loco. Los dos acabaremos nuestros días en este cautiverio.

—Vengo a salvarte. La puerta está abierta y nos brinda con la libertad. ¡Animo Trench! ¡Hemos de huir de este maldito infierno, sin saber que el destino en aquellos momentos le estaba jugando una mala pasada.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró ponerse en pie el capitán Trench, al que arrastraba hacia la salida Feversham.

Un esfuerzo más y hubiera estado logrado el afán de aquellos dos hombres.

—¡Ya hemos llegado! ¡Animo Trench! — exclamó Harry, intentando llegar con la mano a la puerta.

Pero se había despertado uno de los guardianes y por casualidad vió la puerta de la prisión entornada, creyendo que habíase antes olvidado cerrarla, y llegó a ella, cerrándola con sus fuertes cerrojos, cuando Harry y Trench llegaban a tocarla, dejándoles enre-

nados en la inmundicia mazmorra, con desesperación de Harry y desaliento infinito de Trench, que se dejó caer desalentado junto a su compañero, en parte algo repuesto por la sed aplacada y por el cónac que acercó a sus labios aquel a quien un día llamara cobarde, y por él, ahora, se había jugado la libertad y tal vez la vida.

* * *

El mercader de esclavos en cuyo poder habían caído Trench y Feversham condujo, en largas y pesadas jornadas, a sus prisioneros a las riberas del Nilo, donde pensaba sacar buen provecho de ellos, especialmente de los dos blancos, a quienes vigilaba estrechamente, pues les sabía oficiales del ejército inglés.

Durante el camino, el pequeño Ali apenas pudo comunicarse con Harry. Sólo en algunos momentos pudo acercarse a él para ofrecerle un poco de pan o una cantimplora de agua; pero se leía en sus ojillos inteligentes su firme decisión por salvar a su protector, aunque le costase la vida.

Cuando, por fin, llegaron a la tribu en que como señor y dueño reinaba el brutal y cruel mercader, fueron nuestros dos hombres encerrados, convenientemente sujetos de pies y

manos, en una estrecha choza, donde se vieron imposibilitados para intentar su salvación.

Trench, los días primeros mejoró mucho. Estaban bien alimentados, merced a los obsequios de Ali.

Habían pasado varios días y al final de uno de ellos se presentó en la tribu un bandido de la peor especie, que venía dispuesto a comprar los prisioneros capturados en la guerra contra el infiel por las tropas de Alá.

Al día siguiente se celebraría la venta ante la presencia de toda la tribu que esperaba de ella pingües negocios.

Efectivamente, apenas el alba apuntó aquella mañana, se reunieron ante toda la tribu —hombres, mujeres y niños— los dos hombres: vendedor y comprador.

Los ojos del mercader de esclavos propietario de nuestros héroes se habían fijado en un hermoso colmillo de elefante que no había conseguido hacer saltar al comprador, aunque le ofreció todos los indígenas prisioneros de la mazmorra de Ondurmán.

—¿Qué quieres que te dé por ese colmillo? —preguntó al comprador, que contestó a su vez:

—Vale mucho...

—Yo te ofrezco por él un blanco...

—Es poco...

—Dos blancos.

— Conforme; pero antes quiero ver qué clase de hombres blancos son esos...

Sonrió ufano y orgulloso el vendedor y se apresó él mismo a buscar a sus prisioneros blancos para conducirlos ante el dueño del ansiado colmillo...

Cuando llegó a la tienda donde éstos se hallaban, desprevenidos, le aguardaba una sorpresa que tuvo para él malas consecuencias...

El pequeño y agradecido Ali, de rodillas ante uno de sus prisioneros—Feyersham—cortaba con un afilado cuchillo las cuerdas que amarraban los pies de su señor, que, al fin, pudo verse libre y con ánimos de hacer pagar cara su vida; pero que no tuvo tiempo de salvar la de su pequeño servidor, sobre el que cayó el alfanje del mercader, destrozándole el cráneo.

Rápido como el rayo, se apoderó Feyersham del cuchillo con que cortara sus ligaduras el infortunado Ali y, saltado sobre el energúmeno, hurtando los golpes de su alfanje, se lo hundió en el corazón, vengando así la muerte de aquel pequeño ser que había ofrendado a su amor su vida misera.

Sin perder tiempo, y después de haberse dado cuenta perfecta de que su pequeño servidor había dejado de existir, cortó las ligaduras que apresaban los miembros de Treach y, levantando las cañas de la misera choza, huyó con su compañero a campo traviesa, es-

condiéndose en lo más intrincado del bosque hasta donde llegaban los gritos de furor y de rabia de los sudaneses, que, al darse cuenta de su fuga y de la muerte de su jefe, se lanzaron en su persecución, y los cuales, ante la inutilidad de sus pesquisas, incendiaron el bosque, dispuestos a no dejarse arrebatarse su presa.

No tardaron mucho nuestros hombres en darse cuenta del peligro que les amenazaba. Los animalitos que, ligeros, huían del incendio y las columnas de humo que les envolvían les obligó a salir de su escondite, siguiendo el mismo camino que el instinto señalaba a las fieras, que, presas del terror, pasaban a su lado sin hacer caso de ellos.

Por fin, llegaron a las orillas de un río, en cuyas orillas una piragua les ofrecía salvación engañosa, pues bien pronto se dieron cuenta de que a la orilla opuesta los sudaneses les esperaban dispuestos a dar fin de sus vidas.

El peligro se hacía cada vez mayor. El fuego se aproximaba y, con él, las fieras carnívoras.

Se decidieron a tomar la piragua; pero apenas habíala separado de la orilla, una manada de hipopótamos se lanzó al agua, huyendo del fuego, y solamente al cielo debieron su salvación aquellos hombres, que, después de una lucha titánica con los audaces paquidermos, se lanzaron río abajo, persegui-

dos por los sudaneses, que les salieron al paso y se lanzaron al agua, dispuestos a apoderarse de los fugitivos.

Lo que antes creyeron su desgracia fué su salvación. Nadaban con brío los sudaneses, acortando el terreno que les separaba de la piragua, y ya los más audaces estaban cerca de ellos cuando las inmensas mandíbulas de un hipopótamo se abrieron voraces ante ellos, obligándoles a huir y a abandonar su presa.

Minutos después, arrastrados por la velocidad de la corriente, se vieron lejos de sus perseguidores, cuyos gritos de guerra se fueron perdiendo en la lejanía. Estaban salvados.

Abandonaron la piragua cuando se convencieron de que por exceso de sus grietas amenazaba hundirse y se lanzaron otra vez al desierto, con la esperanza en Dios y seguros de encontrar a las fuerzas coloniales británicas.

Y así caminaron horas y horas, bajo el sol canicular del desierto.

El capitán Trench no podía más. La sed le ahogaba y no podía caminar más.

—Déjame y sálvate tú, Feversham... Ya has hecho algo más de lo humanamente posible por salvarme. ¡Sálvate!... pero antes de marchar... perdóname y devuélveme aquella pluma maldita que un día te envié y hoy quisiera retirar ante a costa de mi muerte...

Feversham abrió una bolsita que de una cadena de oro pendía a su cuello y extrajo de ella la pluma que le pedía su compañero, al que se la alargó diciéndole:

—Toma y no pienses en morir, que aun me quedan fuerzas suficientes para cargar contigo.

Trench se desvaneció y Feversham cargó con él a hombros y continuó su amarga caminata a través del desierto caliginoso...

Cuando ya no podía más, dejó en tierra el cuerpo inanimado de su compañero y notó el horizonte. Varios jinetes, a galope tendido, se aproximaban hacia donde estaban. Sus blancos alquiceles jugaban con el viento y el sol. Se dió por perdido y se dispuso a defender su vida, sin darse cuenta de que los que se acercaban eran jinetes de la caballería colonial inglesa, en cuyos brazos perdió el sentido Feversham, quien, horas después, merced a un sueño reparador, había recuperado sus fuerzas y se hallaba junto al lecho donde, en brazos de la fiebre y entre la vida y la muerte, se debatía el capitán Trench, que lo primero que preguntó cuando recobró el sentido fué preguntar:

—¿Qué ha ocurrido en el fuerte Vhak?...

—Durrance—le contestaron—está herido; pero Castleton avanza con una columna para socorrerlo...

—Si Durrance está herido no podrá de ninguna manera contener a sus hombres... y

además es más fácil que llegue al fuerte un hombre solo que todo un cuerpo de ejército... Yo iré al fuerte.

Haciendo un poderoso esfuerzo, saltó de la cama; pero apenas había dado dos pasos cuando cayó sin sentido...

Feversham volvió a su lecho al punderoso capitán y, recomendándole al jefe de la fuerza que les había salvado, salió con dirección al fuerte, llevando para mitigar la sed de la guarnición tanta cantidad de agua como pudo llevar encima, sin que fuera su peso excesiva impedimenta.

En el fuerte Kahr parecía imposible persistir en la defensa. Durrance estaba herido y los soldados de la guarnición, hambrientos y desesperados por la falta de agua.

Fuera, las bordas salvajes eran dueñas y señoras de todo el desierto. Sólo los espesos muros defendidos por aquel puñado de valientes les oponían resistencia.

La guarnición, que esperaba constantemente la llegada de refuerzos, oteaba el horizonte desde las almenas, perdida la esperanza de que éstos llegaran.

Y el día que eran el último de su existencia siguió la noche, una noche serena y estrellada.

Sobre una de las almenas conversaban dos de los soldados indígenas de la guarnición.

—Esta noche decía uno de ellos: el enemigo tiene tantas hogueras encendidas como estrellas hay en el cielo... Estamos sitiados por todos los lados.

—No podemos resistir más — repuso el otro —. Los viveres tocan a su fin y de agua no existe ni una gota en los aljibes. Cien veces preferible la muerte a este tormento... El teniente está loco si cree que yo he de aguantar un día más. La sed me abrasa.

Y a mí.

—¿Qué hacemos?

—Hablar a los compañeros y si es preciso matar al teniente y al sargento y entregar el fuerte al enemigo.

—Nos pasarán a todos a cuchillo.

—Parlamentaremos y exigiremos nuestras vidas. ¿Vamos a hablar a nuestros compañeros?

—Vamos.

Pocos momentos después, la guarnición, alocada, gritaba ante el sargento encargado del mando de la insubordinada tropa:

—¡No queremos explicaciones! ¡Queremos agua o entregaremos el fuerte al enemigo!

Durrance oía desde su lecho las voces de sus hombres; pero, impotente y herido, se re-

sistía, con verdadero heroísmo, a entregar el fuerte. Aun no había perdido la última esperanza...

El grito de "¡Agua!" llegaba a sus oídos atronador. Pero cesó de pronto.

Sobre el portón del fuerte sonaron tres fuertes golpes. Los soldados habían callado, esperanzados por el milagro de una ayuda próxima.

Al ver que era un hombre solo el que, protegido por la noche, pretendiera entrar abriendo la puerta, cerrándola rápidamente tras de él.

El que llegaba preguntó:

—¿Dónde está vuestro oficial?

—Enfermo y en su lecho—contestó el sargento.

—Conduceme a él, y vosotros... tomad.

Y entregó a los soldados el agua de que era portador.

Cayeron sobre ella los soldados indígenas, disputándose como un tesoro, mientras, precedido por el sargento, Feversham, que tal era el que llegaba al fuerte, subió hasta la habitación del enfermo, que, al clavar en él sus ojos vidriosos por la fiebre, exclamó:

—¿Tú aquí, Feversham?

No quería dar crédito a sus ojos.

—No sé lo que te ha traído aquí ni a lo que vienes; pero, ¡por el amor de Dios!, defendiendo el fuerte hasta el fin.

Descansó aquella noche Feversham y a la

mañana fué despertado por las voces de los soldados que, no satisfechos con el agua que el oficial les entregará la noche anterior, pedían agua a pleno pulmón.

El sargento, pálido y desencajado, penetró en la estancia, diciéndole:

—No hay más agua en el fuerte y los soldados están a punto de amotinarse. Saben que el teniente Durrance no puede hacerles nada y por esto no quieren obedecernos.

—No se preocupe. En nombre de Su Majestad asumo el mando.

Sobre un clavo colgaba la guerrera de Durrance, con los distintivos de su jerarquía militar. El también, un día, la vistió y la deshonró, a juicio de aquellos hombres por los que se jugaba la existencia.

No lo dudó ni un momento. La tomó en sus manos. Besó sus galones y se la vistió, saliendo al patio con el revólver en la mano.

—¡Id a inspeccionar los centinelas de los puestos y todo el mundo a su lugar! ¡Vivo!

—¿No queremos!—dijo el que parecía el cabeza de la rebelión.—¡Nos vamos ahora mismo!... ¡Si usted ha llegado hasta aquí, nosotros también podemos irnos!

De un golpe en la sien con la culata del revólver tumbó al cabecilla, amenazando al resto con el revólver.

Luego se cruzó ante la puerta, por la que los rebeldes querían pasar, diciéndoles, sin temor a sus gestos amenazantes:

—Os prometo que vengán refuerzos! ¿Acaso ha faltado a su palabra un oficial inglés?

Los sublevados humillaron la testa al ver la verdad reflejada en los ojos de aquel hombre.

—¡Regresad a vuestros puestos! Dentro de algunas horas comprobaréis la verdad de mis palabras.

Mientras tanto, Castleton se aproximaba al fuerte con una columna de escoceses, que después de duras jornadas habían logrado contemplar ondeando aún en el fuerte la altiva bandera de su patria.

Entraremos haciendo un despliegue de fuerzas—dijo Castleton a su segundo—y acaso de que nos vean los sitiadores, es muy posible que no nos opongan ni resistencia.

No pensaba que en aquellos momentos el ejército de los hijos de Alá, avisado por sus centinelas de su presencia, venía sobre ellos, dispuesto a hacerles pagar cara su osadía.

Tan numerosos eran, que Castleton, al darse cuenta del peligro inmenso que les amenazaba y de la imposibilidad de darles la ba-

talla de frente, ordenó a sus tropas que formaran el cuadro.

—¡Soldados!—les dijo, arengándoles ante la inminencia de la embestida—. ¡Emulad a los héroes de Waterlloo, que no logró vencer la caballería de Ney, y, como ellos, ¡vencere-mos al enemigo!

Pocos momentos después, los sudaneses envolvían a aquel puñado de valientes que, antes de caer, se llevaban por delante a cuatro o cinco de sus enemigos; pero... ¡eran tantos!

Feversham se dio cuenta desde la torre del homenaje del fuerte de Kahr del peligro que corrían sus hermanos y, poniéndose al frente de sus hombres, les animó, diciéndoles:

—¡Allí está el agua! ¡Seguidme y será vuestra!

El nuevo refuerzo, inesperado, reanimó a las huestes de Castleton, que tuvieron la suerte de dar muerte al jefe de sus enemigos, que, al verle muerto, dejáronse ganar por el terror, y al grito de: "¡Han matado a nuestro jefe!", emprendieron la retirada, dejando el campo lleno de cadáveres.

Castleton, herido, aunque levemente, quiso agradecer al jefe de la tropa que saliera en su ayuda la salvación de sus hombres y la suya propia; ¡pero su sorpresa no tuvo límites al reconocerle!

—¡Feversham!—exclamó—. ¿Eres tú?

—Sí, yo soy, que he querido demostraros

que jamás en la familia FEVERSHAM hubo nunca un cobarde.

Luego, en el fuerte, Castleton le decía, estrechando la mano del amigo a quien un día ofendieran los tres que ahora le debían la vida:

—Durrance no morirá; pero es indispensable que la mandemos a Inglaterra inmediatamente. El, una vez allá, tendrá tanto interés como yo en que las cosas se hagan como es debido. Y ya informaré al ministerio de la Guerra de tu comportamiento en la acción de hoy... Además, en mi nombre y en el de Durrance, quisiéramos que pudieses devolvernos aquellas plumas que te enviamos...

—Aunque retiréis las plumas, que yo os entrego gustoso—dijo Harry devolviéndoles las humillantes plumas blancas—no podréis devolverme la vida de mi padre ni el amor de Ethine.

—¡Perdónanos!

Gruesas lágrimas se desprendían de las pupilas de FEVERSHAM, mientras los dos oficiales heridos y por él salvados estrechaban sus manos...

Aquel era, por fin, el ansiado momento. Había devuelto tres de las cuatro plumas que le dieron... ¡La cuarta era de ella!

Ella, que en la patria lejana, pocos días después, recibía noticias de lo que, por reivindicar su nombre deshonrado, había hecho el hombre a quien nunca dejara de amar y



¡La cuarta era ella!

cuyo nombre estaba en todos los rotativos de la nación entera, que comentaban en todo instante la hazaña de aquel bravo oficial que había conseguido convertir en momento glorioso lo que pareció, en principio, una derrota de las fuerzas coloniales.

También Ethine estaba orgullosa del hombre a quien amó. No se había equivocado su corazón. Allí estaba el hombre a quien se entregó como compañera de toda una vida. Pero era tarde. Fué muy grande la ofensa

y mucho más partiendo de ella, en la que él tenía puesta el alma entera.

Recordaba aquel día, a partir del cual tantas lágrimas había derramado, y la escena última ocurrida entre ambos en su propia casa. Las cuatro plumas blancas que él se llevó consigo, símbolo de cobardía. Su dolor inmenso y el inmenso pesar de aquel hombre que guardó en su mano crispada la ofensa de sus mejores amigos y la cruel y dolorosa de la mujer amada.

Luego su silencio; su desaparición de la capital sin dejar rastro alguno del camino que había de seguir su alma destrozada; las tardas que sobre la labor, a su recuerdo, caían las lágrimas de un amor muerto para siempre y por siempre llevado en el alma.

Y la dulce y enamorada Ethine lloró amargamente su desdicha y la de aquel hombre que les demostraba a todos que por sus venas corría, pura, la noble sangre de los Fervesham. Y lloraba sin esperanza de hacerse perdonar aquella cruel acción que fué a pesar de que el acto de él no fué más que prueba de un infinito amor; un amor que se exaltó en temores de alejar de ella, o perderla, al caer para siempre bajo las garras trágicas de una campaña que no sentía y que llegaba cuando estaba a dos pasos de la dicha de hacerla su esposa.

Su cobardía, era ella; era su amor... ¡Y no lo supo comprender!...

De allí sus lágrimas.

—Posiblemente—se decía—dentro de pocos días vendrá a Londres y en mí sus ojos volverán a mirarse acariciantes.

¡Pobre niña! ¡Qué lejos estaba del corazón humano y qué pocas cosas sabía del amor!... Y ¿cómo había de pensar ella que en todo momento fué el impulso de todo el heroísmo de Harry? ¡Cómo pensar que su recuerdo en las noches claras del desierto, cuando la muerte amenazante acechaba su presa escondida en la traición de una sorpresa, era ella la única luz de aquel hombre que ajeno a todo peligro tenía los ojos vueltos al pasado y en él sólo la sombra lejana de un gran amor le besaba en la frente?...

La pálida frente de la niña se ensombrecía en el pesar que a su pecho llevaba un futuro de dichas perdido, sin saber que el destino aun para ella tejía coronas de rosas y que el amor verdadero de todo un hombre es, a pesar de todo y a pesar de sí mismo, sobre todas las cosas y sobre todos los dolores.

EPILOGO

Bajo un cielo sereno de junio, en un verde prado de Inglaterra, un regimiento heroico, recién llegado del Sudán, es revisado por sus superiores, que han de imponer a tres oficiales una cruz y a otro la más preciada condecoración del ejército inglés.

El general del regimiento impuso a los primeros los cruces logradas en la campaña: eran Trench, Durrance y Castleton.

Cuando llegó el turno al cuarto de los oficiales condecorados, el general, después de besar sus mejillas y de abrazarle en nombre de la patria agradecida, prendió en su pecho la Gran Cruz, diciéndole:

— Por insólito valor en defensa de una fortificación contra el enemigo exterior y la rebelión interior... Por extraordinario heroísmo en el rescate de un compañero...



Luego, un joven, Elhine, se acercó a Peverall y oro preguntarle:
— ¿Me perdona, Harry?

Luego, el general, viejo amigo de su padre, le estrechó la mano, diciéndole:

— ¡Qué orgulloso estaría tu padre si estuviese presente!

Los ojos de Feversham se llenaron de lágrimas y sintió como si el beso de su padre muerto se posase en su frente y acariciase su pecho, sobre el que su heroísmo había logrado prender la más preciada condecoración de todo buen militar.

Luego, una joven, Ethine, se acercó a Feversham, que temblaba al anegar sus ojos en la luz de las pupilas de ella, y humildemente le preguntó, ofreciéndosele con una sonrisa:

— ¿Me perdonas, Harry?

Y Harry, al escuchar aquella voz temblorosa... Era todo su pasado el que venía hasta él para hacerse perdonar los sufrimientos que sobre su corazón dejó caer.

— ¡Perdóname! — continuó ella —. ¡Yo nunca dejé de pensar en tu vida y mi vida destrozadas por mi incomprensión. Yo nunca he sido cruel hasta aquel nefasto día que borrar quisiera de mi memoria eternamente!... ¡Perdóname!

Feversham, del pecho, donde siempre estuvo, extrajo la última pluma que le quedaba y la besó, entregándosela.

— Toma — dijo —, es ella mi perdón. Por este momento combati; por este instante des-



En la cuarta pluma blanca; la pluma infamante por su simbolismo.

precisó mi vida en la que la felicidad jamás ha de volver a poner su beso...

¿Por qué no? — preguntó Ethine, bajando los ojos ruborosa... — ¿Por qué no?

— ¡Ethine!

— ¡Harry!!!

Era la cuarta pluma blanca; la pluma insinante por su simbolismo y por venir de la mujer amada, que pocos días después, bajo el arco formado por las espadas de la oficialidad del regimiento, salió de la iglesia prendida del brazo del hombre a quien nunca dejó de amar y por el que había pedido al cielo muchas veces.

FIN

¿Quiere usted aprender
LOS BAILES DE MODA?

Pida hoy mismo los métodos de:

TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM

Precio de cada libro: **25 cts.**

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

EXITO

de la novela de asunto amoroso

LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA

por la gran artista del cinema
BRIGITTE HELM

Precio 1 Peseta

NÚMEROS PUBLICADOS

El Arca de Noé.	George O'Brien
La mujer disputada.	Norma Talmadge
Trafalgar	Corinne Griffith
La Máscara de Hierro	D. Fairbanks

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Acompañando al importe un sello de cinco céntimos se remite por correo certificado.

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBARRO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELON

M. NIETO GALAN

UNA MUJER "CAÑON"

TOMÁS PRIETO

LA SEÑORITA CITROEN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE BUEEN

LAS NIÑAS DE ROSALES

J. REYUADAS

PORQUE NO SE CASÓ D. PEPE

PUENTE NEVOT

LA CARABA

A. SANCHEZ CARRERE

ILUSTRACIONES DE BOSCH

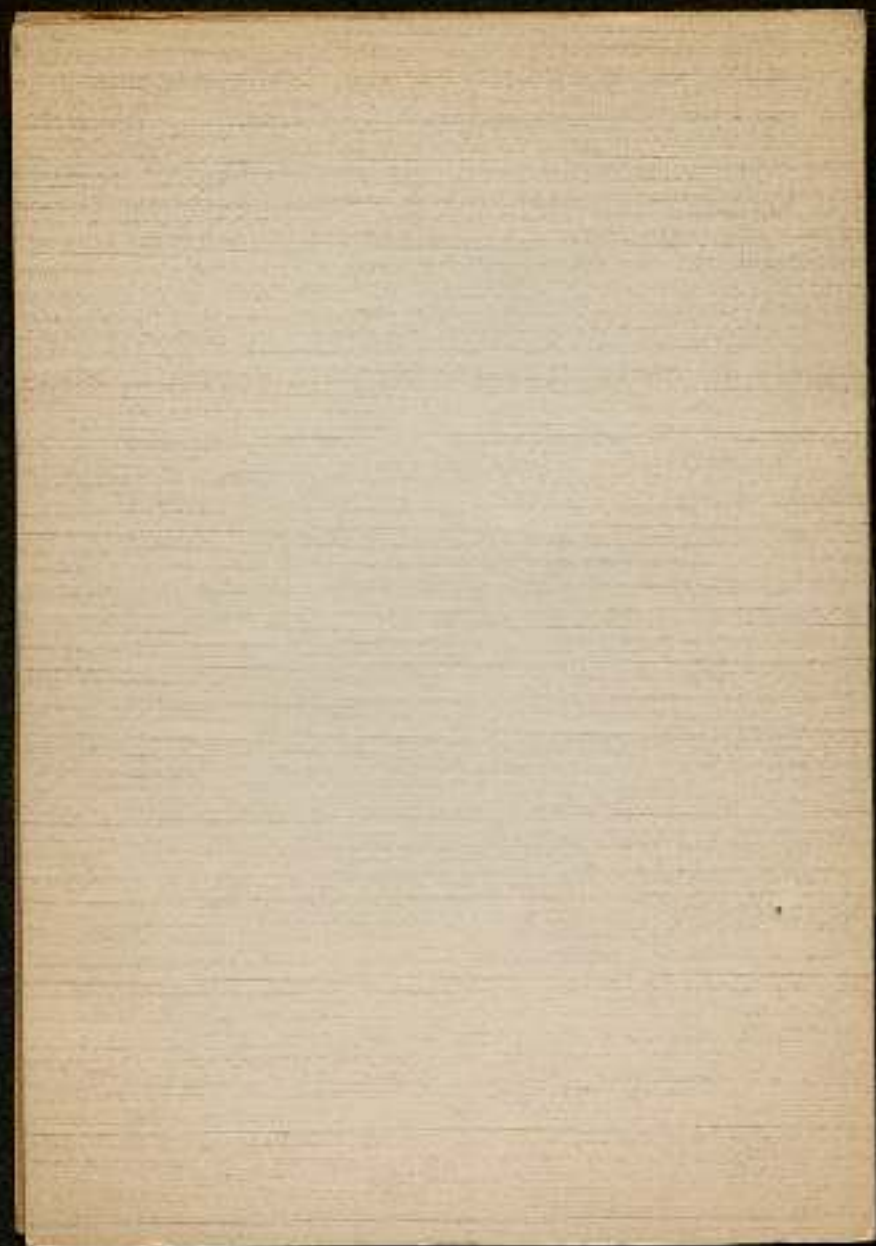
Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR
32 PAGINAS DE TEXTO
PROPUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en vales de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona



LAS CUATRO PLUMAS

1